

XII

La *Historia de la locura* en Inglaterra

COLIN GORDON

Según las investigaciones realizadas, la obra y el pensamiento de Michel Foucault tuvieron una influencia directa y específica más bien modesta sobre la antipsiquiatría inglesa y/o sobre los movimientos radicales de reforma o contestación de las instituciones psiquiátricas. Foucault conoció muy bien a David Cooper en París en los años 70; participó en debates públicos tanto con Roland Laing como con Cooper. Ambos contribuyeron —el primero a través de una solicitud enviada al editor, el segundo con un Prefacio a la edición inglesa— a la traducción de la *Historia de la locura*. Para la *doxa* radical de aquellos años, los escritos de Laing, Cooper, Szasz, Goffman y Foucault formaban parte de una misma constelación, es decir, que se veían —no sin parte de razón— como si estuviesen en estrecha relación los unos con los otros. Y sin embargo, ni Laing ni Cooper fueron nunca, en ningún modo, desde un punto de vista intelectual seguidores de Foucault. El mismo Foucault solo atravesó el «canal» una o dos veces en su vida, y en estas visitas, que sepamos, no parece que hubiera contactado con grupos antipsiquiátricos o militantes.

Así como Foucault había sido cordialmente detestado en Francia por los líderes reformistas que simpatizaban con el

marxismo en la psiquiatría francesa de posguerra; de la misma manera su trabajo fue atacado cruelmente en el plano ideológico y político por el influyente escritor de la nueva izquierda troskista, Peter Sedgwick. En su libro *Psycho Politics* (1982) sostiene que concepciones «políticamente correctas» de la enfermedad mental, como las de Foucault, R. D. Laing y Thomas Szasz, podían haber sido utilizadas por las fuerzas de derecha para reducir la asistencia social. Algunos psiquiatras clínicos progresistas como David Ingleby, uno de los representantes más importantes del movimiento de la «psiquiatría crítica», mostraron un respeto prudente por ciertos aspectos de la obra foucaultiana, aunque —quizás comprensiblemente— consideraron que para sus propios proyectos y programas no ofrecían un apoyo directo. En este caso, como también en el de Franco Basaglia, la crítica interna de la psiquiatría se sirvió de otros recursos filosóficos más antiguos, como la fenomenología y el existencialismo, de Jaspers a Binswanger y Sartre, más familiares y probablemente más afines que el trabajo de Foucault respecto al reformismo de los profesionales. En uno de los grandes compendios ingleses del nuevo pensamiento militante, *The Dialectics of Liberation*, basado en una conferencia pública de 1967, Cooper y Laing compartieron el palco con Goldmann, Marcuse y Stokely Carmichael: en aquella ocasión Foucault estaba fuera de escena.

Tan pronto como se cerraron manicomios y se recortaron servicios sociales, los pacientes psiquiátricos fueron transformados en personas sin hogar que vagabundeaban por las calles. Algunos polemistas de izquierda, como Sedgwick y Andrew Scull, acusaron inmediatamente la crítica nihilista de Foucault como uno de los principales responsables de estas nuevas miserias. Mientras tanto, como sucedió en Francia, sobre todo tras la publicación de *Vigilar y Castigar*, los temas del gran encierro y del archipiélago carcelario se consideraron como factores de disturbio y privados de utilidad para los defensores (en su mayor parte troskistas) de la revolución proletaria y para los «arquitectos althusserianos» de las nuevas normas teóricas. Asimismo, las posiciones críticas expuestas por Foucault sobre el psicoanálisis, tanto en sus primeras obras como en las posteriores, resultaban

inaceptables para los lacanianos; sin embargo, la influencia de Lacan, ingente en el feminismo y en el mundo universitario, no habría tenido aparentemente repercusiones o aplicaciones radicales en el campo de la psiquiatría institucional: *salvo error*, no ha existido un equivalente inglés con un perfil como el de Félix Guattari.

A finales de los años setenta (si se me permite referirme a una experiencia anecdótica de carácter personal) intenté establecer sin mucho éxito contacto con el Réseau (Red Internacional de Alternativa a la Psiquiatría) que se estaba constituyendo. En París, en el círculo de Michel Foucault, encontré a Françoise Castet, psiquiatra francesa y protagonista destacada del network, hoy desaparecida. La acompañé y asistí en calidad de intérprete cuando participaba en una conferencia para la «London School of Economics» a principios de los años ochenta. Los participantes ingleses presentes en el encuentro (Porter, Cooter, Jordanova) eran historiadores sociales sin un interés explícito por las prácticas políticas de los psiquiátricos contemporáneos en el Reino Unido, o en cualquier otro lugar. Como he desarrollado en otra ocasión, sus posiciones liberales de izquierda eran también hostiles a los análisis foucaultianos sobre la historia de la locura (al menos, tal como ellos la entendían, aplicable al caso histórico inglés)¹.

A continuación, quizás sea oportuno revisar algunas de esas objeciones y considerar su valor a la luz del saber histórico actual. Con algunas variantes, los principales reproches formulados contra Foucault por estos autores son los mismos, y los podemos reagrupar en torno a tres parámetros:

- a) El «gran encierro» del siglo xvii del que habla Foucault no existió en Inglaterra.
- b) Por otro lado, Foucault no valoró el papel de las residencias privadas dedicadas al cuidado de los locos, que son las precursoras de las instituciones psiquiátricas.

¹ Gordon, C.: *La réception de l'«Histoire de la folie» chez les historiens et les géographes: l'exemple anglo-saxon* en, Chevallier, P., Greacen, T. (edición a cargo de): *Folie et justice: relire Foucault*, Toulouse, Erès, 2009.

- c) En la Europa medieval la «Nave de los locos» no puede ser considerada como el bosquejo de la locura, y además, no tiene ninguna existencia histórica.

Vamos a examinar brevemente los elementos esenciales de estas críticas, las intervenciones y discusiones que pudieron y aún podrían suscitar. Para empezar debemos de considerar que la mayoría de estos autores, críticos respecto a la *Historia de la locura*, rebatieron a Foucault solo en aquella parte de su material histórico relativa a la historia de Inglaterra. Básicamente el error que reprochaban al filósofo francés es su propuesta de una historia general de la locura de alguna manera fundada y trasladada, mayoritariamente, si no exclusivamente, a la historia de un país: Francia. En efecto, Foucault escribe detalladamente que el «gran encierro» de los vagabundos y de los indigentes, incluidos los locos, fue decretado e impuesto durante algunos años del siglo XVII, no solo en Francia sino en Europa, y en particular en Inglaterra. Además, citará una serie de etapas y datos, establecidos entre el siglo XVI y finales del siglo XVIII, de leyes y fundaciones de instituciones inglesas en este ámbito como las *bridewells*, *poorbouses* y *workhouses*.

Sin embargo, los críticos le objetaron en primer lugar que Inglaterra nunca conoció un sistema de encierro autoritario, masivo, centralizado y homogéneo, parecido al de los «Hospitales generales» decretado en Francia en 1656. Y por añadidura, en la Inglaterra de esa época no existió una política oficial, y menos aún llevada a la práctica, de encierro sistemático de los locos. Sin duda, era normal que una historia *francesa* de la locura debiera de ocuparse del funcionamiento y del impacto del despotismo real *francés*, de sus lugartenientes de policía y de sus *lettres de cachet*². Pero justamente por esta razón, esta historia no podía servir de modelo para la historia de otros países, y tampoco para la historia inglesa. Esta perspectiva, en efecto, no era mínimamente atractiva para aquellos jóvenes historiadores ingleses de tendencia política liberal, que a partir de los años 80

² Carta cerrada, lacrada con el sello real, que exigía el encarcelamiento de una persona.

se plantearon escribir una historia de los orígenes contradictorios de la modernidad social en Inglaterra: una sociedad de mercado, de opiniones y libertades, una sociedad de consumo y nuevos servicios que también incluye el comercio relativo al tratamiento y a la tutela de los locos —ámbito de intervención de empresas y emprendedores privados estudiado por Porter, Scull y otros (y que Foucault, según ellos, habría obviado), lo que ya en la época llamaban «the mad-business».

En Inglaterra, por tanto, en el período indicado por Foucault y a su pesar, existió un «pequeño encierro»: en este punto específico, liberales y neomarxistas estuvieron de acuerdo. En cierto modo, podríamos decir que si la *Historia de la locura* fue considerada en Francia como una ofensa ideológica contra la fe revolucionaria y republicana (por la cual, el gesto de Pinel que liberó a los locos de las cadenas era parte integrante de las ideas de 1789), la historia de Foucault fue rechazada al otro lado del «canal» porque se percibía como ajena, en sus premisas, a los presupuestos del régimen inglés, fundado por la Gloriosa revolución de 1688.

¿Qué debemos pensar, en la actualidad, de esta crítica? Foucault solía criticarse a sí mismo; en varias ocasiones tomó distancia respecto a lo que interpretó después como defectos metodológicos de su primer libro importante³; obviamente estaba preparado para revisarlo y corregirlo a la luz de las investigaciones posteriores. Solamente una vez, aceptó la obligación de responder a una crítica virulenta realizada por el historiador Lawrence Stone⁴. De hecho, una lectura un poco atenta de la *Historia de la locura* (aún mejor en una edición no mutilada y

³ Foucault, M.: *Il potere psichiatrico. Corso al Collège de France (1973-1974)*, Feltrinelli, Milano, 2004, págs. 24-26. Edición en castellano, «Clase de 7 de Noviembre de 1973», *El poder psiquiátrico. Curso del Collège de France (1973-1974)*, Madrid, Akal, 2005, págs. 13-29, págs. 25-29. (Traducción de Horacio Pons). Edición establecida bajo la dirección de François Ewald y Alessandro Fontana, por Jacques Lagrange.

⁴ Foucault, M.: «Échange avec Michel Foucault», *Dits et écrits 1954-1988*, París, Gallimard, 1994, Vol. IV, núm. 331, págs. 458-461. Edición original, «An Exchange with Michel Foucault», *New York Review of Books*, 31 de Marzo, 1983, págs. 42-44.

abreviada) obliga a reconocer la presencia de un análisis más bien sutil, más matizado, más empíricamente documentado y más rico de lo que parecen ser las reconstrucciones sumarias y caricaturescas elaboradas por Stone, Scull, Porter y otros. En cuanto a la verdad sobre la realidad histórica del encierro, cabe recordar que el mismo Foucault se reconocía sorprendido al descubrir, mucho tiempo después de escribir su libro, en qué medida el tema de una historia de los encierros seguía siendo delicado, incluso prohibido, para una audiencia comunista, aún peor si se trataba de los encierros psiquiátricos. Es evidente —y Foucault lo sabía— que no todos los locos fueron encerrados entre los siglos XVII y XVIII, ni en Francia ni en Inglaterra. Dicho esto, se ha calculado que la cifra total de las plazas disponibles en los «workhouses» y «poorhouses» en Inglaterra hacia 1780 giraba en torno a las noventa mil, es decir, aproximadamente el 1% de la población nacional, por tanto el mismo porcentaje que el de los parisinos que se encontraban internados, según Foucault, por el decreto real de 1656. En Inglaterra, como en Francia, se sabe que estas instituciones acogían a los locos entre los pobres inválidos, enfermos, niños y ancianos. También sabemos que se trataba de una práctica aleatoria, probablemente poco sistematizada, caracterizada, como todo el Estado inglés, por una delegación de poderes a nivel local. Sin embargo, dicha práctica testimoniaba, en todo caso, que entre las libertades de las que en aquella época podía jactarse el «free-born Englishman», se encontraba la incuestionable libertad de encerrar. Por este motivo se hizo necesario denunciar después al legislador y a los funcionarios del Estado para regular y frenar esta misma libertad de encerrar.

Es relevante añadir que cuando a Foucault le fueron formuladas estas objeciones, el trabajo y los escritos de Basaglia eran poco conocidos y apenas traducidos en Inglaterra —situación que por desgracia no cambió en el período inmediatamente posterior. Los escritos de Robert Castel, en particular *El orden psiquiátrico*,⁵ que prolongaba la genealogía foucaultiana de las

⁵ Castel, R.: *El orden psiquiátrico. La edad de oro del alienismo*, Madrid, La Piqueta, 1980. (Traducción de Fernando Álvarez-Uría y José Antonio

instituciones psiquiátricas, dentro de un contexto crítico conscientemente aliado con los movimientos contestatarios de los años setenta, fueron examinados de nuevo a fondo en Inglaterra por Peter Miller. Este joven sociólogo de talento descubrió con posterioridad la imposibilidad de cultivar intereses similares en las universidades inglesas de la época, que se convirtieron más bien en un exponente de prestigio de los estudios sobre la gubernamentalidad en el campo de las ciencias financieras y administrativas.

No obstante, en lugar de deplorar e inculpar (a la manera de Perry Anderson) la arraigada timidez y el conservadurismo de la cultura nacional británica —incluida la izquierda— por la ausencia de una respuesta inglesa al libro de Foucault, más bien deberíamos preguntarnos por qué la *Historia de la locura* pudo no percibirse, en aquella época y en aquellas circunstancias, como un libro absolutamente *necesario*. En efecto, la misma idea de una «psiquiatría democrática» (si aceptamos que sea de algún modo el examen práctico de la prospectiva crítica de Foucault), la idea de una reforma e incluso de la abolición de la psiquiatría institucional, representaron un componente fundamental de la realización de un civismo democrático. Además, en este pequeño círculo de búsqueda británica ni siquiera conocían a Basaglia o no consideraban a Foucault políticamente importante, lo cual parecía incluso impensable en un contexto como el inglés. Sin contar que paradójicamente el mismo modelo británico de reforma psiquiátrica —la comunidad terapéutica desarrollada en Escocia por Radcliffe-Brown— había inspirado el pensamiento y la experiencia de Franca y Franco Basaglia. Respecto al discurso típicamente italiano de Basaglia sobre la miseria del subdesarrollo italiano, con la radicalidad sin precedentes de sus propuestas para afrontar aquella miseria; Inglaterra, o mejor dicho Escocia, había aportado el modelo de una práctica psiquiátrica avanzada, aunque más tarde les decepcionase la falta de un programa revolucionario más general.

Álvarez-Uría). Edición original, *L'Ordre psychiatrique*, París, Les Éditions de la Minuit, 1977.

A lo anterior debemos añadir el hecho de que a principios de los años 60 la crítica del manicomio era desde entonces una idea ya consolidada en la opinión de la mayoría de los ingleses, y seguramente en la política oficial. El manifiesto más conocido y memorable de tales críticas fue formulado en la época por un experto de estudios clásicos de formidable talento, un erudito nietzscheano, destinado a ejercer un papel turbulento y controvertido en la vida pública, que se encontraba, por otra parte, en una condición particularmente favorable para traducir en la práctica dichas críticas: Enoch Powell, en aquellos años ministro de Sanidad del gobierno conservador de Macmillan. En un discurso celebrado en 1961, se pronunció a favor «nada menos que de la eliminación de la mayoría de los hospitales psiquiátricos de este país tal y como existen actualmente».

«Se trata de una empresa colosal, pero no tanto por las nuevas medidas materiales que implica, sino más bien por la pura inercia de la mente y la dificultad de superarla. Están allí, aislados, majestuosos, imperiosos, vigilados por la gigantesca torre observatorio con su chimenea, espacio inequívoco dominando el paisaje circundante —aquellos manicomios que nuestros padres construyeron con tanta seguridad para expresar las ideas de sus tiempos. No menospreciéis tampoco ni por un instante su poder de resistencia a nuestros ataques».

En las décadas sucesivas a la traducción de la *Historia de la locura*, la parte ahora conocida de la obra de Foucault tuvo una influencia continuada y difusa en Inglaterra, como en otros países, sobre una amplia área de la cultura crítica e intelectual. En la actualidad, su influencia en aquellos que se ocupan de la psiquiatría puede ejercitarse tanto a través de *Vigilar y castigar*, *La voluntad de saber* o *El poder psiquiátrico*, como a través de la *Historia de la locura*, o mejor dicho de la traducción íntegra que apareció al fin, después de un largo retraso, en el 2006. En algunas ocasiones sus efectos sobre los individuos y sobre diferentes iniciativas podrían haber sido podido más específicos y eficaces. Quizás movimientos como «psychiatric survivors» o «mad pride», o la actividad de autoafirmación y las de militantes de los «psiquiatrizados» y de los usuarios de los servicios terapéuticos, fueron algunos de los elementos más importantes

y originales en la escena psicopolítica inglesa reciente, y algunas de las tentativas todavía en curso por parte de aquellos que continuaron buscando estructuras alternativas de cura y solidaridad, habrían sido difícilmente comprensibles, si hace cincuenta años Foucault no hubiera ideado un modo de considerar las historias entrelazadas de la razón y la sinrazón bajo la égida de *Fureur et mystère* de René Char: *Compañeros patéticos, que apenas murmuráis... Un nuevo misterio canta en vuestros huesos. Desarrollad vuestras legítimas pasiones*.

Asimismo, es alentador constatar que el libro de Foucault continúa recibiendo una acogida creativa por parte de una joven generación de estudiosos comprometidos que trabajan con nuevos paradigmas de investigación. Un geógrafo británico como Chris Philo, profesor en Glasgow, ha dedicado un libro de setecientas páginas a la geografía histórica de los espacios consagrados a los locos en Inglaterra a partir de la Edad Media⁶. A lo largo de esta historia dialoga continuamente con la obra foucaultiana (remitiéndose, con una documentación muy rica, a algunas controversias que acabamos de evocar), considerando su mismo trabajo como parte de una interrogación a la vez contemporánea y ética, que evalúa las prácticas y las instituciones en función de su capacidad de «incluir» y de «excluir». En el extenso capítulo dedicado a la Edad Media, Chris Philo encuentra puntos de aproximación con el enfoque foucaultiano: el mismo reconocimiento dado a la importancia de las peregrinaciones y de los lugares santos para los enfermos mentales (Thomas Becket, cuya tumba en Canterbury, visitada por los peregrinos de Chaucer, era conocida sobre todo por sus curas de la locura). Chris Philo también coincide con Foucault al subrayar la simbología del agua en el imaginario medieval (importancia de los lagos y de los pozos, con sus ermitas o santos

⁶ Philo, C.: *A Geographical History of Institutional Provision for the Insane from Medieval Times to the 1860s in England and Wales: The Space Reserved for Insanity*, Lewiston-Queenston, Edwin Mellen Press, 2004. Del mismo autor véase, *Review Essay: Michel Foucault, «Psychiatric Power: Lectures at the Collège de France 1973-1974»*, «Foucault Studies», 4, 2007, págs. 149-163. Disponible en la dirección <http://rauli.cbs.dk/index.php/foucault-studies>.

guardianes, como lugares de curación), añadiendo además, en una discusión apasionante, los bosques como lugares de frecuentación, refugio y cobijo de los locos. Philo ha recopilado una rica documentación sobre el estatuto de vagabundo conferido a los locos en la época premoderna, y cita un pasaje del gran poema inglés del siglo xiv, «The Vision of Piers Plowman» que exige que la gente acomodada reciba y cuide a estos viajeros dementes (*lunatic lollers*) que recorren el país y a quienes el poeta considera como portadores de una inspiración e incluso de una misión divina.

Al final de su estudio, Chris Philo llega a la conclusión (bajo mi punto de vista errónea, pero poco importa aquí) de que la Edad Media sería para Foucault la edad primigenia de las relaciones inmediatas y «caóticas» entre la locura y la no-locura. Tras haber trazado la curva histórica del ascenso y declive del orden psiquiátrico, que evoca la esperanza de una nueva edad «caótica», capaz de garantizar una gama diferenciada de lugares, prácticas y relaciones, a ser posible de naturaleza más «inclusiva», para los individuos que consideramos afectados de algún problema o enfermedad mental.

XIII

Michel Foucault: los caminos de su recepción en México

GUSTAVO LEYVA MARTÍNEZ

La recepción de Michel Foucault en México ha sido diferenciada y compleja y, en razón de ello, difícil de reconstruir. En efecto, ella se ha desarrollado a través de varias disciplinas —desde la filosofía hasta la medicina, pasando por la lingüística, literatura, la sociología, la etnología, la ciencia política y la historia, ha tenido lugar en el cruce de varias tradiciones de pensamiento que remiten a diversos autores (especialmente a Marx, a Nietzsche y a Heidegger), a distintas corrientes (el estructuralismo, el marxismo, la teoría crítica, la fenomenología, la hermenéutica y el pragmatismo) y a distintas latitudes geográficas (es así que la recepción en México se entrecruza y en un cierto sentido refracta a la producida en Francia, Estados Unidos, España y Argentina), en varios registros: el editorial, el político y, por supuesto, el académico, y a través de diversos medios impresos (básicamente libros, revistas y suplementos culturales)¹. Ella no puede ser comprendida tampoco

¹ Como el lector notará, a lo largo de este ensayo me limito a la recepción de Foucault en el ámbito *filosófico* y me refiero específicamente al modo en que ella tuvo lugar en el marco *académico*. Por razones de espacio